

Convencer para vencer

ROGELIO ALONSO

Si en aras de un aparente pragmatismo se confunden tácticas propagandísticas con esfuerzos por la paz, el 'relato veraz' al que alude el lehendakari jamás se construirá sobre la verdad

Aviso a los que quieren un relato de vencedores y vencidos: el que convenza, vencerá. La reciente advertencia del órgano de propaganda del nacionalismo radical revela los términos en los que el entorno terrorista define el desafío al que se enfrenta la sociedad vasca: la batalla por la legitimidad de décadas de terrorismo y por glorificar la historia criminal de ETA. Mientras quienes han justificado y apoyado la violencia han fijado como su objetivo la legitimación de atroces crímenes –a lo que contribuye su presencia en las instituciones sin condenar a ETA mientras mantiene su amenaza latente–, algunos actores democráticos que deberían impedirlo facilitan tan peligroso fin. Así ocurre al reclamarse un «relato veraz de lo ocurrido» que, sin embargo, resulta incompatible con actitudes que ignoran las responsabilidades políticas, penales, históricas y morales de quienes han violado derechos humanos fundamentales.

Lo ejemplifica la reacción del lehendakari al valorar la condena a Otegi como una «decisión que no acompaña a los tiempos que estamos viviendo». Alimentaba así el victimismo de los radicales coadyuvando además a la rehabilitación del dirigente terrorista, que sigue sin evidenciar su ruptura con ETA pese a las erróneas e infundadas opiniones en sentido contrario. Por tanto el lehendakari estaba deformando el relato veraz de lo ocurrido, distorsionando la realidad que muestra cómo ETA y su frente político mantienen su simbiosis y, en consecuencia, y en contra de lo que anunció en su discurso sobre el futuro del País Vasco, diluyendo las responsabilidades que Otegi debe asumir.

La perspectiva comparada desvela las consecuencias que en Irlanda ha tenido ese inmerecido lavado de imagen de quienes rehúsan convertirse en agentes activos de deslegitimación del terrorismo que ellos mismos han practicado. La actual candidatura a la presidencia irlandesa de Martin McGuinness, dirigente del IRA durante

décadas, está exponiendo los negativos efectos de la tolerancia dispensada a quien hoy sigue sin condenar ni deslegitimar los cientos de asesinatos cometidos por la banda que él lideró. Muchos de quienes ahora se escandalizan por la posibilidad de que McGuinness se convierta en el representante de los valores de la nación son los que facilitaron el enmascaramiento de su trayectoria criminal con el propósito, argumentaban, de favorecer su incorporación a la democracia. También McGuinness ha recibido la indulgente calificación de 'hombre de paz' con la que se intenta rehabilitar a Otegi, logrando que esa etiqueta ocultase su identidad como responsable de numerosas atrocidades. Políticos y formadores de opinión miraron selectivamente al pasado de McGuinness, eludiendo exigencias lógicas para aceptar su participación en democracia: la condena y deslegitimación de la campaña terrorista del IRA. La renuencia a respetar requisitos tan básicos permitió la transición de McGuinness desde la vio-

lencia sin la autocrítica precisa para contrarrestar la mitificación del terrorismo, que aún es considerado como necesario y honorable por quienes lo perpetraron. Se ha construido de ese modo un relato presentado como veraz que sin embargo resulta falaz, pues permite reescribir la historia al presentar el terrorismo del IRA como legítimo.

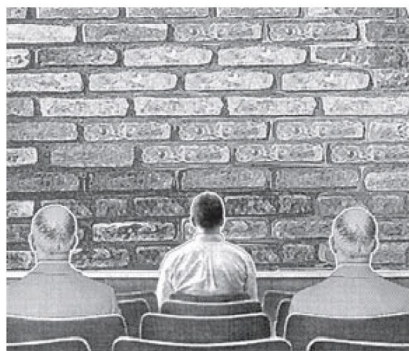
Importantes actores democráticos evitaron exigir una categórica deslegitimación del terrorismo aduciendo que de ese modo facilitaban la ruptura con el pasado terrorista, favoreciendo así una amnesia colectiva con la que han logrado encubrirse los hechos históricos. La verdadera historia se ha ido sustituyendo por un conjunto de relatos que el tiempo ha revestido de una dañina verosimilitud. El gradual distanciamiento con el pasado terrorista aleja esa realidad, debilitando la memoria de quienes fueron testigos pero también moldeando la visión de quienes sólo han conocido a los terroristas como 'hombres de paz'. «No importa mi vida en el IRA», afirma con arrogancia McGuinness para blindarse frente a la exigencia de responsabilidades, relativizando una militancia terrorista que se niega a deslegitimar tras renunciar a ella por motivos tácticos.

Al igual que en Irlanda, en Euskadi algunos demócratas debilitan sus argumentos en la batalla por la ilegitimidad de la violencia ofreciendo al entorno terrorista sucesivas muestras de legitimación. Sucedió al interpretarse la Declaración de Gernika como un paso hacia la paz cuando ni siquiera exige la desaparición de ETA y condiciona su final a una negociación sobre los objetivos políticos de la banda. Esa incoherente actitud impide afianzar un relato veraz sobre ETA a la que el

propio lehendakari vincula con otros 'terrorismos', induciendo a tergiversar las auténticas causas de la violencia etarra.

Se traslada así sobre la sociedad una injusta presión al obligarla a asumir un relato repleto de falsedades incapaz de contrarrestar el reproducido por ETA y sus simpatizantes: votemos a quienes son presentados como comprometidos pacifistas, recompense-

mos a quienes prometen el fin del terrorismo sin romper con su pasado de terror y sin admitir que ese señuelo de un futuro de paz jamás podrá serlo si los terroristas se niegan a aceptar la ilegitimidad e injusticia de su violencia. Si en aras de un aparente pragmatismo continúan confundiendo tácticas propagandísticas con esfuerzos por la paz, el relato al que alude el lehendakari jamás se construirá sobre la verdad; se asentará en cambio sobre reinventiones y manipulaciones con las que se ofrecerá una versión corrompida del pasado. Si en el presente no se cuestionan las intenciones de quienes siguen sin asumir su responsabilidad por el terrorismo, ¿por qué habría de exigirseles en el futuro la asunción de unas responsabilidades de las que ahora se les exime? Cada valoración positiva con la que el Gobierno central y autonómico recompensa los gestos propagandísticos del entorno etarra fortalece a quienes aún legitiman a ETA, brindándole un triunfo en la batalla por la legitimidad del terrorismo.



:: JESÚS FERRERO